

Un encuentro especial

Corría la década del 70, plena dictadura, pero aún así, la gente buscaba como entretenerse; fue así como afuera de la ciudad, se inauguró el primer motel en Punta Arenas, con todos los permisos, tanto sanitarios, municipales, impuestos internos etc. Con una gran propaganda en los medios de comunicación de la época, un diario y dos o tres radioemisoras (había otros lugares donde se encontraban las parejas, pero eran clandestinas).

Sucedía que en la oficina donde trabajaba no se hablaba de otra cosa, que fulano fue con su minita de turno, que perengano se fue con la secretaria, y muchos comentarios más.

Lo malo es que cuando yo estaba presente se quedaban callados, se hacían señas tratando que no me diera cuenta de sus infidelidades, así pasó el tiempo.

Se vino mayo, que es un mes importante para mí, este mes estoy de cumpleaños y aniversario de matrimonio. Maduré una idea, lo pensé y lo hice. Le pedí a mi esposo que pasara por mí a la oficina, bueno así lo hizo, le dije “tengo una invitación sorpresa para ti, es un regalo de aniversario, tú, solo déjate llevar”. Hice parar un taxi, diciéndole al taxista que nos llevara a ese lugar, mencionando el nombre del motel.

El chofer nos miraba por el espejo, sobre todo a mí, yo iba irreconocible, con gorro, bufanda, lentes, con suerte se me veía la punta de la nariz, mi esposo tomaba mi mano y la apretaba y me miraba con complicidad.

El conductor nos conversaba que luego nevaría, que los caminos se ponen peligrosos, etc. y nosotros, solo un “sí, sí” o un “no, no”.

Una vez en la soledad del cuarto mi esposo se largó a reír contagiándome su risa, agregando *“me gusta que tus locuras me sorprendan, pero esto jamás lo hubiera imaginado, gracias es el mejor regalo de aniversario, no habrá otro igual, lo malo es que la vara me quedó muy alta, pero ya pensaré en algo”*.

Al pasar las horas y cuando pedimos a recepción que llamaran un taxi, la espera fue muy larga, se demoraba demasiado en llegar. Después de mucho rato, nos comunican que no consiguieron movilización alguna, porque ha nevado mucho, los caminos no dan seguridad, y además está muy cerca el toque de queda.

Que hacer, “solo quedarnos aquí a pasar la noche”, acotó mi esposo, no pudimos avisar a los niños, que ya eran adolescentes, mañana veremos como llegamos a la ciudad, ahora disfrutemos, veámosle el lado positivo a la situación.

Conversamos hasta bien tarde recordando tiempos idos, desde que éramos escolares, como empezamos a pololear, nuestra boda, la llegada de nuestros hijos, las penas y alegrías de nuestro recorrido juntos hasta el momento.

De repente una llamada por el citófono, era el encargado que nos ofrecía un cafecito a la pieza o si preferíamos acompañarlos en el salón, optamos por lo último. Cuando llegamos nos

encontramos con otra pareja que no pudieron volver, pese a que andaban en una tremenda camioneta todo terreno, pero los pilló el toque y tuvieron que quedarse.

Ahí compartimos, jugamos a las cartas, el dominó y entre tanto compartir, mi esposo dijo que nosotros estábamos celebrando nuestro aniversario de matrimonio. No lo podían creer, pensaban que éramos una pareja casual, nos felicitaron, de repente apareció unas copas de Champagne y nos festejaron, fue una linda y emocionante noche. Al otro día, una vez que se levantó el toque de queda, la joven pareja ofreció traernos a la ciudad. Al llegar a casa y abrir la puerta, nos encontramos con familiares y amigos, listos para salir e indagar que había pasado con nosotros, se organizaron de tal forma que unos irían a la comisaría, otros a investigaciones, otros al hospital, y los más valientes irían al regimiento, creían que algo terrible nos pudo pasar. Cuando vieron llegar la camioneta, se imaginaron que iban a notificar lo peor.

Cuando pasó el malentendido, y al preguntar que hacía tanta gente en la casa, nos contaron que mis hijos organizaron una fiesta sorpresa para nosotros y con algunos invitados. Bueno está demás aclarar que esas fiestas eran de toque a toque, no podían ser de otra manera y con mucha cautela la música y conversaciones sin ruido, con cortinas gruesas, que no se viera luz desde afuera.

Después de los abrazos y llantos nos preguntaban una y otra vez, que nos pasó, nosotros, solo nos mirábamos y sonreíamos, los mayores sacaban sus propias conclusiones. Al no poder dar una explicación, al final tuvimos que confesar la verdad. Hasta el día de hoy, es anécdota obligada en los encuentros familiares.

Al pasar los días en la oficina, en una ocasión los y las compañeros/as de trabajo, tocaban en clave ese tema, los miro y digo “no es gran cosa ese lugar, conozco otros mejores, en otras son más producidos, este no me gustó mucho, pero es lo que hay, y además todo lo bueno o malo, lo hace la compañía, ¿no les parece?”. Me quedaron mirando, se rieron y ya no continuaron hablando en secreto el tema; creo que, gracias a mi curiosidad, mi osadía y a contar con un compañero que me apañaba en todas mis locuras... confieso que he vivido.

P.D: Con los años me encontré con el joven que nos llevó ese día de regreso a casa, me contó que su pareja se fue al norte. El estaba casado con dos niños.

Al preguntar por mi esposo, le conté que ya había partido, me dijo *que pena más grande formaban una linda pareja* y vi como sus ojos se humedecieron.

Debo decir que jamás supimos los nombres.

Nombre del autor: Adolfini Miquio Espinoza

Edad: 78 años

Comuna de residencia: Punta Arenas